

3. AMAR PARA POSEER MATA EL AMOR

También en el dominio de las reflexiones sobre el amor es posible hallar tantos ejemplos sobre el valor de la gratuidad que la elección se hace difícil. Porque el enamorado se entrega por la pura alegría de dar, sin pretender nada a cambio. El amor auténtico se convierte así en expresión del encuentro entre dos seres que avanzan libremente el uno hacia el otro. Lo que los une es un lazo desinteresado, es el valor del amor en sí, capaz de extirpar todo interés individual y toda forma de egoísmo. Y si el amor se ofrece como un don (don de sí mismos) —nos lo recuerda el sabio bereber en Ciudadela de Antoine de Saint-Exupéry—, no supondrá ningún sufrimiento:

No confundas el amor con el delirio de la posesión, que aporta los peores sufrimientos. Porque, al contrario de lo que sostiene la opinión común, el amor no hace sufrir. En cambio, el instinto de propiedad hace sufrir, lo que es contrario al amor.

Pero cuando se desatan el afán de posesión y la necesidad de dominar al otro, entonces el amor se transforma en celos. Amar, en tal caso, no significa ya darse, sino que quiere decir ante todo ser amado por alguien que te pertenece. A menudo las parejas se comportan de hecho como los animales que marcan el territorio. Para poseer, tienen necesidad de ensuciar. Y, a veces, según Michel Serres, también en el matrimonio la propiedad equivale a la esclavitud. Se trata todavía de la marca: el buey y el esclavo han sido marcados con el hierro candente, el automóvil con una insignia, y la esposa con el anillo de oro.

Así —obsesionados por querer cuantificar a toda costa la resistencia de la fidelidad, la exclusividad del lazo, la pureza de la pasión, el vínculo de la propiedad y el peso de la potestad—, los seres humanos terminan por ceder fácilmente a la locura de poner a prueba al compañero.

Para ilustrar este peligro, quisiera detenerme en dos episodios, narrados en dos grandes clásicos: *la historia de Rinaldo y el caballero del vaso de oro* (recogida por Ariosto en el canto cuadragésimo tercero del Orlando furioso) y la breve narración titulada *El curioso impertinente* (incluida por Cervantes en la primera parte del Quijote).

Sorprendido por la noche entre Mantua y Ferrara, Rinaldo se hospeda en un castillo. Al final de la cena, el señor de la casa lo invita a someterse a la prueba del vaso de oro. Hay que lograr beber el vino contenido en una copa hechizada: si el vino no se vierte por el pecho del bebedor significa que la esposa es fiel. Rinaldo levanta el cáliz, pero, en el momento de llevárselo a los labios para beber, lo vuelve a poner sobre la mesa. Desgarrado entre el deseo de saber y una prudente ignorancia, decide renunciar a la prueba: la pretensión de conocer la pura verdad en las cosas del amor sólo puede generar venenosas sospechas y obsesiones funestas. Rinaldo, en su lucidez, intuye que

buscar lo que no se quiere hallar sería tanto como hacerse daño a sí mismo deliberadamente. Porque el amor implica despojarse de toda pretensión de poseer certezas. Sólo el creer ayuda a vivir una relación fundada en el respeto y la tolerancia:

*Si hasta hoy me ha ido bien con mi creencia,
¿de qué me servirá ponerla a prueba?*

Turbado por la sabiduría de su huésped, el caballero rompe a llorar y confiesa haber destruido el amor que profesaba a su esposa por culpa de los celos:

*Así dijo Rinaldo, y apartando
de sus ojos aquel odioso vaso,
vio que bañaba un gran raudal de llanto
el rostro del señor de aquel palacio,
quien, después de calmarse un poco, dijo:
—¡Ay, infeliz de mí, maldito sea
el que me convenció de hacer la prueba,
pues me quitó a mi dulce esposa bella!*

Atormentado por la angustia de la traición, obsesionado por la idea de perder a su mujer, se lanza a someterla a una serie de pruebas para verificar su fidelidad. La esposa, en un primer momento, resiste con firmeza las insidiosas tentaciones y las trampas urdidas por su propio marido. Pero cuando éste, transformado por una maga en un «joven pretendiente», le ofrece unas gemas valiosísimas, la mujer, desconocedora del engaño, se declara dispuesta a pasar una noche con él a cambio de tales regalos:

*Ella quedó al principio muy turbada,
y sonrojada, se negó a escucharme,
pero al ver fulgurando como el fuego
las bellas gemas, se ablandó su pecho,
y respondió con voz tímida y débil,
(yo me siento morir al recordarlo)
que solamente me complacería
si ninguna persona lo sabía.*

Y pasando por alto el tema de la corrupción causada una vez más por la avidez de acumular riquezas —«¿A qué crimen no fuerzas el corazón del hombre, maldita sed de oro?» exclamaba Virgilio en el tercer libro la Eneida (III, 56-57)—, aquí Ariosto insiste en la irresponsabilidad del marido, artífice y causa de la traición de la mujer. Rinaldo, en efecto, tras haber escuchado la dramática confesión del caballero del vaso de oro, le reprocha su ligereza. Para el paladín, la pérdida del amor no puede imputarse a la cesión de la mujer. El verdadero error reside exclusivamente en la locura del esposo por haber querido poner a prueba la fidelidad de la mujer y por haber querido verificar su umbral de resistencia:

*No debiste atacar con tales armas
si deseabas que se defendiera.
¿No sabes que ni el mármol ni el acero
más duro nada pueden contra el oro?
Más erraste al tentarla, me parece,
que ella al quedar tan pronto derrotada.
No sé, si ella igualmente te tentase,
si hubieras sido más imperturbable.*

Abandonar la pretensión de poseer, saber convivir con el riesgo de la pérdida significa aceptar la fragilidad y la precariedad del amor. Significa renunciar a la ilusión de una garantía de indisolubilidad del vínculo amoroso, tomando nota de que las relaciones humanas, con los límites y las imperfecciones que las caracterizan, no pueden prescindir de la opacidad, de las zonas de sombra, de la incertidumbre. Este es el motivo por el cual cuando se busca la total transparencia y la verdad absoluta en el amor se termina por destruirlo, se termina por ahogarlo en un abrazo mortal.

No por azar la sabiduría de Rinaldo será evocada en una narración del Quijote, titulada *El curioso impertinente* (I, XXXIII-XXXV). En ella Cervantes pone en escena a dos amigos fraternales, Lotario y Anselmo. Este último desposa a la bellísima Camila. Y mientras la joven pareja vive su feliz historia de amor, la carcoma empieza a corroer por dentro la serenidad de Anselmo: ¿una mujer que no está expuesta al peligro de las tentaciones y que no tiene ocasión de mostrar su honestidad puede ser considerada verdaderamente fiel?

Porque ¿qué hay que agradecer —decía él— que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento (I, XXXIII, p. 379).

Así, Anselmo, obsesionado por los celos, pide a su amigo que tiente a Camila para poner a prueba su fidelidad. Lotario se niega y aduce poderosos argumentos con el fin de disuadirlo. Se trata, a su juicio, de una empresa insensata que en ningún caso producirá resultados positivos: porque si la mujer resiste, el marido no será más amado de lo que ya lo es; pero si, por el contrario, cede a la tentación, el marido mismo será la causa de su deshonor. Y en medio de este discurso disuasorio, Lotario recurre al episodio del «prudente Reinaldos», que había sabido refutar la prueba narrada en el Orlando furioso:

[Tú, Anselmo,] tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente

Reinaldos; que puesto que aquello sea ficción poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos e imitados (I, XXXIII, p. 384).

Por desgracia la historia referida en el Quijote tendrá un desenlace trágico: Lotario y Camila se enamorarán, Anselmo morirá de pena e incluso los dos nuevos amantes perderán la vida. Pero, antes de expirar, el esposo arrepentido dejará a su mujer un mensaje incompleto en el que reconoce haber sido él mismo el artífice de su deshonor:

Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para qué... (I, XXXV, p. 422).

Cervantes demuestra ser, con este relato, un agudo lector de Ariosto. Pero los dos lances narrados en el *Orlando furioso* y el *Quijote* traspasan ciertamente el estrecho perímetro de las relaciones amorosas y los lazos interpersonales. Se inscriben dentro de una reflexión más amplia sobre la tolerancia. Rinaldo y su intérprete Lotario nos invitan a renunciar a la noción de verdad absoluta, nos invitan a aceptar la idea de que toda conquista es siempre provisional y precaria y está expuesta a la pérdida.

La posesión, a fin de cuentas, se revela uno de los peores enemigos del amor. Encerrar el amor en un círculo, condenándolo a vivir en una cárcel eterna, no servirá para protegerlo de los cambios y las metamorfosis que caracterizan las *cosas humanas*. Lo recuerda Diderot, en un brillante pasaje del *Suplemento al Viaje de Bougainville*:

¿No te parece sin sentido un precepto que proscribe el cambio que está en nosotros mismos, que exige una constancia imposible y que viola la naturaleza y la libertad del macho y de la hembra, atándolos para siempre uno al otro, una fidelidad que pretende limitar el más versátil de los goces a un solo individuo, un juramento de inmutabilidad de dos seres de carne frente a un cielo que no es idéntico ni un solo instante, o en antros a punto de desplomarse, al pie de una roca que se deshace en polvo, o de un árbol que se agrieta, sobre una piedra que se tambalea?

El amor no puede ser enjaulado. El amor, para retomar una espléndida imagen que Rainer Maria Rilke utiliza en una de sus cartas, necesita moverse libremente, necesita una mano abierta que le permita, sin obstáculos, detenerse o escapar. Apretar los dedos para inmovilizarlo significa convertir la mano en un ataúd. Porque poseer quiere decir matar:

[...] Nuestro conquistar más verdadero reside en nuestro mirar. [...] No nos hacemos ricos porque algo permanezca y se marchite en nuestras manos, sino porque todo fluye a través de su captura como a través de una solemne puerta de entrada y retorno a casa. Para nosotros las manos no deben ser un fétetro: sólo un lecho en el cual las cosas duermen en el crepúsculo y tienen sueños desde cuyas profundidades expresan sus secretos más estimados. [...] La posesión es, de hecho, pobreza y angustia; ¡sólo el haber poseído es un poseer despreocupado!